

CONFERENCIA INAUGURAL

EL MUNDO RURAL ANTE EL NUEVO SIGLO: RETOS Y DESAFIOS¹

Jacqueline Bonnamour
Universidad de la Sorbone I, París

El año 2000, último del siglo, es ocasión para todo balance, para toda interrogación sobre el porvenir, y parece bien difícil sopesar "las certezas e incertidumbres" de las que se hace eco el título del presente Coloquio. De hecho, el tema que me han propuesto sus organizadores, habiéndome satisfecho plenamente al recubrir muy precisamente las preocupaciones actuales de los ruralistas franceses, me ha espantado un poco en la medida en la que el análisis de un presente que es un devenir perpetuo, como dice el filósofo G. Deleuze, no puede ofrecer la clave de un futuro incierto que deje a los hombres el margen de libertad que todos los individuos y sociedades necesitan.

Para hacer el mejor uso posible de ese margen de manobra que nos queda, teniendo en cuenta nuestro legado, nuestro saber y nuestro poder, hace falta analizar la situación actual con la mayor objetividad. Es en este punto exacto donde se sitúa nuestro rol de geógrafos en la interfaz entre pasado y futuro. ¿Qué es el mundo rural de hoy? ¿Qué metemos, cada uno de nosotros, dentro de la frase "el desafío del siglo XXI"?

¹ Original en francés, traducido por Albert Roca (Universidad de Lleida).

¿Continúan siendo vigentes nuestros antiguos paradigmas de investigación? ¿Qué nuevas pistas podemos rastrear con relación a nuevos equilibrios "duraderos" de un territorio maltratado por la explotación y los conflictos del siglo XX?

Es éste un vasto programa al cual no puedo aportar más que un testimonio de geógrafo. A lo largo de mi carrera he llegado a ser consciente de que reseguir objetos-metáforas en constante evolución es algo que requiere prudencia y humildad; sobreentendiendo, claro está, que se acepta llamar "objeto" a las organizaciones espaciales.

I. ¿CÓMO ABORDAR LA CUESTIÓN?

A.- ¿Qué es el mundo rural de hoy en día?

Los geógrafos franceses prefieren hablar de "espacio rural", en lugar de "mundo rural". Recientemente, sin embargo, vuelven a utilizar el vocablo "campo", que había caído en desuso. Agradezco a los geógrafos españoles el habernos propuesto el término "mundo rural", más globalizador: se refiere tanto a las relaciones e interconexiones de las actividades rurales que sobrepasan las fronteras estrictas del espacio rural, como a los comportamientos de una nueva sociedad o la organización del espacio local y su integración en el territorio.

La mencionada expresión exige que nos desmarquemos de la imagen de Épinal, que, con todo, continúa imperando en numerosos espíritus, así como lo hace en esos tópicos con los que nos inunda una cierta prensa, o algunos medios bienpensantes, cantores confirmados de esa felicidad campesina perdida para siempre, de ese orden eterno de los campos, de ese pasado que nos habría legado tan bellos paisajes —un patrimonio monumental que hace soñar a los turistas, cada vez más abundantes en el espacio rural—, que no serían sino la fachada de ecosistemas respetuosos con la biodiversidad, realidades que, hoy, más de uno querría poder congelar artificialmente.

Incluso si percibimos el contenido de esa corriente que yo calificaría como "paseista", sabemos que hay que contar con su fuerza, su dinamismo, su voluntad de poder; nosotros, los geógrafos, también sabemos que esas posiciones reposan sobre

interpretaciones erróneas y embellecidas de un pasado caduco. No daré, pues, más que algún ejemplo.

Sabemos que *los paisajes* pueden haber adquirido recientemente su fisonomía actual, por mucho que todavía estén marcados aquí y allí por los estigmas de una historia muy antigua. Los estudios de P. Flatrès y de J. Renard sobre la extensión de las florestas y boscajes occidentales han sacudido singularmente nuestras viejas interpretaciones: el paisaje de Cévennes, con sus pinedas y rastrojos, no data mas que del Segundo Imperio, cuando substituyó a los tradicionales castañares. Tal como lo prueban las fotografías aéreas y las nuevas técnicas de análisis, toda la historia de las estructuras agrarias es una secuencia de substituciones, de creaciones, de superposiciones y de lógicas agrarias.

Igualmente, sabemos que esos paisajes rurales permanecían en un *equilibrio inestable*, mantenidos perpetuamente por las manos laboriosas de una población abundante que tenía un conocimiento íntimo de esos medios, incluso aunque a menudo no fuera consciente de ello. Basta con observar los efectos del más leve declive demográfico: las leñosas invaden los pastos, no se podan los setos de las florestas, las malas yerbas infestan los campos, se dejan de drenar los canales de la huerta irrigada... Todo cambia y es nuestra conciencia de la duración o nuestra necesidad de ella la que desvía o pervierte nuestra mirada. La complejidad del dominio sobre los ecosistemas todavía se nos escapa debido a que toda intervención del hombre modifica su curso.

Sabemos, en fin, que *el mundo de ayer no era ese paraíso perdido*, un escenario de opereta al estilo Maria Antonieta, y sabemos que la poesía del agua extraída de los pozos, de las veladas a la luz de las velas, de la falta de higiene y de perspectiva tenía sus límites. Como nos recordaba L. Papy al visitar el ecomuseo de las Landas, esas chozas reconstituidas donde te acogen unas encantadoras anfitrionas vestidas tradicionalmente, conocieron durante el siglo pasado el hambre, la tuberculosis y la pobreza extrema.

El mundo rural de hoy está muy alejado de las imágenes de ayer: lo calificamos de urbanizado; ya no constituye un conjunto de enclaves aislado, sino que está en gran medida integrado en el conjunto del territorio; ¿es capaz de proteger la

naturaleza? ¿su evolución real se inscribe en las respuestas institucionales?

La urbanización de los campos ha sido la fórmula utilizada para designar la modernización de los modos de vida en el campo, algo que hay que distinguir totalmente de la expansión espacial de las ciudades o, dicho de otra manera, de una nueva localización de los habitantes en esos espacios de alta densidad poblacional. Esta transformación de los modos de vida, así como la difusión del confort personal en compañía de las mutaciones técnicas de la producción y de la distribución, me parece capital para comprender que el mundo rural puede vivir tal como se vive en la ciudad y que ya no existen dos sistemas sociales, a diferencia de lo que ocurría antaño: uno se puede curar de la misma forma en el campo o en la ciudad; las costumbres evolucionan en el mismo marco de permisividad; las drogas amenazan a los colegiales de las cabezas de partido y capitales comarcales tal como ocurre en los institutos de las grandes ciudades... El mundo rural se ha convertido en una parte integral de la sociedad.

Ciertamente, la gran conmoción afecta al lugar de la agricultura: disminución del número de agricultores; fuerte bajada de la participación de la riqueza agrícola en la constitución del PIB; cantidad y diversidad de las innovaciones llegadas al espacio rural, que se ha transformado en un espacio plurifuncional donde los agricultores pueden perder el control del poder institucional, donde el paso progresivo del derecho de propiedad al derecho de explotación y de éste al de producción nos parece uno de los signos principales de la integración de los espacios rurales en el conjunto del territorio.

Las grandes mutaciones se pusieron en marcha desde el fin del conflicto mundial (1940-1945). Durante los "gloriosos treinta", esas líneas de cambio habían conocido una aceleración tal que, lejos de marcar por igual todo el territorio, hizo emerger nuevas diferenciaciones: si, en 1947, Gravier publicaba *El desierto francés*, rápidamente, se vio cómo se constituían por doquier —en Bretaña o en el Gran Oeste, por ejemplo— modelos de campos vivos, cómo los verdaderos países se renovaban alrededor de sus pequeñas ciudades, mientras que otras regiones languidecían, cómo gran cantidad de agricultores vivía la borde de la pobreza, cómo la distribución de las subvenciones

de la PAC tenía el efecto paradójico de ahondar las diferencias al tiempo que permitía la supervivencia de los más desfavorecidos.

La violencia de aquello que F. Braudel osó llamar "desbarajuste" explica sin duda nuestras vacilaciones y nuestros interrogantes de investigador. Hacía falta comprender y seguir las mutaciones a la vez que se hacía igualmente imprescindible la modernización de nuestra disciplina geográfica. Hacía falta precisar los conceptos en el instante mismo en que la evolución de las cosas nos imponía formas nuevas. Hacía falta determinar exactamente nuestros métodos y aceptar una modernización científica que requería tiempo y reflexión, cuando urgía correr en pos de los cambios y cuando éstos nos alcanzaban en nuestro propio ser, haciendo frecuentemente difícil distinguir lo subjetivo de lo objetivo.

Ya no era momento de contentarse con encuestas y entrevistas particulares, sino que resultaba —y resulta— forzoso recurrir a las estadísticas oficiales, trabajando de manera paramétrica estos datos establecidos sobre unidades territoriales complejas, sin perjuicio de volver a las encuestas personales para poder aquilatar los límites de las unidades y variables analizadas. Era normal multiplicar las descripciones y las tipologías para circunscribir los acontecimientos y querría recordar, como ejemplar, la enorme tarea de J. K. por lo que se refería a los tipos de agricultura a escala mundial. Las tentativas del mismo estilo centradas en los espacios rurales no podían tener la misma amplitud: me parece esencialmente imposible separar un espacio rural multifuncional de su armazón urbana y de sus múltiples lazos con el exterior.

De hecho, tardamos lo nuestro en comprender que, si bien tal vez la urbanización del mundo —en el sentido más geográfico de la extensión espacial de las ciudades— era una regla de aplicación general, nuestro papel como geógrafos no era ni promoverla ni combatirla, sino describir la diversidad de su ritmo de cristalización y demostrar por qué se aplicaba en un lugar y no en otro. Todo ello implica que nuestro mundo rural participa de una evolución global más y más omnipresente y que es vital preguntarse sobre este siglo XXI, por difícil que resulte el ejercicio.

B.- ¿Cuál será el desafío del siglo XXI?

Es necesario que nos atengamos a la razón: no somos adivinos, no podemos aventurarnos por sendas inciertas. ¿Cuántas predicciones se han quedado sin verificar? Del mismo modo que en 1900 nadie habría imaginado la amplitud de los conflictos y de los crímenes del siglo XX, la instalación y la caída del comunismo, hoy, no podemos hacer otra cosa que intentar extraer algunas certezas de nuestra herencia, tan cargada de incertidumbre. ¡Y aun eso!.

A mis ojos, la primera certeza es la conciencia de la fragilidad de los *recursos naturales* en un mundo en pleno crecimiento demográfico. El movimiento ecológico que agita fundamentalmente los industrializados estados occidentales ha brotado como una seta sobre el mantillo de la polución urbana, de los excesos del productivismo agrícola y de un consumo en aumento de las energías más diversas. Poco importan aquí los errores cometidos, la ignorancia y las torpezas de las reivindicaciones y de las acciones emprendidas. No retengamos más que la certeza de los científicos actuales: la urgencia de dominar el efecto invernadero, la necesidad imperiosa de asegurar los *recursos hídricos* de las generaciones futuras. Me parece inútil desarrollar estos dos puntos, particularmente el segundo, ante ustedes, queridos colegas españoles, que han sido los maestros incontestables de la irrigación de las huertas y que han afrontado, en Andalucía y en otros lugares, los problemas de la falta de agua y de la irregularidad climática.

La segunda certeza se refiere a la rapidez de la evolución científica y técnica que hace imposible prever los avances en los campos de la biología, la medicina, la agronomía, la robótica, etc. La aceleración del saber no permite ni prever hoy en día todas las posibles aplicaciones técnicas ni afirmar que las fronteras de nuestra actividad se restringirán a nuestro planeta. Nuestra generación, que continúa pensando con la ayuda de un simple bolígrafo, es perfectamente consciente de estar viviendo un viraje de civilización más crucial incluso que la invención de Guttemberg.

En fin, vuestro congreso ha retenido adecuadamente en su temática general la *globalización* económica, es decir, la apertura del mercado al conjunto de la Tierra, tal como se ha veni-

do imponiendo desde el último conflicto mundial y tal como ha sido puesta en práctica en el marco de la Organización Mundial del Comercio, a pesar de los escollos con que topó últimamente en Seattle.

Estas tres certezas son como estelas en tierra húmeda, dependiendo todo de la simiente, de su desarrollo y de la cosecha:

- La conciencia de la fragilidad de los equilibrios naturales confiere a la sociedad la responsabilidad de sus elecciones y le recuerda la inminencia de los peligros.
- La rapidez de la evolución científica y técnica no permite un análisis inmediato y fiable de sus aplicaciones y de su difusión.
- La globalización, contrariamente a lo que se afirmaba hasta hace poco, no conlleva la uniformización de los espacios, sino que profundiza las diferencias, tanto en el seno de los estados como entre unos y otros.

Acudiendo a un ejemplo ya existente, el del ciber mundo, se puede prever con R. Rallet "el proceso de deslocalización de los lugares que ya anunciaba la revolución del automóvil": ¿Cuáles pueden ser los límites de la movilidad de hombres y mercancías? "Se comprueba que nuestro mundo continúa siendo dual (virtual y físico) y que el impacto de las telecomunicaciones sobre la organización espacial depende de la manera como rearticulan esta realidad".

La complejidad creciente de todas las decisiones a tomar con relación a los hombres y los territorios, ¿hará del siglo XXI la centuria de los expertos? Nuestra academia de la agricultura en Francia se cierne sobre esta cuestión. La especialización cada vez más estrecha y aguda de los saberes permite aclarar un poco los aspectos específicos de los problemas que se plantean, pero, en definitiva, la responsabilidad de cortar el nudo gordiano siempre incumbe al político.

Al fin y al cabo, nuestra sociedad postmodernista, como les gusta decir allende el Atlántico, evoluciona en un clima de *contradicciones éticas*. A pesar de los discursos generosos, del reconocimiento teórico del individuo y de la alteridad, de la proclamación de los Derechos Universales del Hombre o de los del Niño, es difícil encontrar puntos de referencia seguros en

las múltiples negociaciones que tienen lugar a todos los niveles. "¿Hace falta renunciar a la idea de progreso, esa idea que, desde Bacon a Condorcet, ha animado sucesivamente el pensamiento del Renacimiento y la filosofía de la Ilustración antes de inspirar simultáneamente a los siglos XIX y XX, al liberalismo y al marxismo?" Esa es la pregunta que lanzaba *Le Monde* en agosto de 1996. Cada filósofo respondería o había ya respondido a su manera. J. Attali afirmaba: "Desde el comienzo del mundo, la humanidad va al mismo tiempo a mejor y a peor. Avanza y retrocede a la vez".

En la bisagra entre el ayer y el mañana, en la eclosión renovada del hoy, ¿cuál es el margen de nuestra libertad? La respuesta siempre ha estado en manos de los políticos. Los científicos pueden iluminarlos hasta cierto punto, en este caso particular, en cuanto a nuestro objeto, el "espacio rural". ¿Qué podemos aprender de la forma en que hemos podido acompañar a las mutaciones que se han sucedido durante la última mitad de siglo?

II.- ¿CÓMO HEMOS ACOMPAÑADO LAS MUTACIONES?

La situación actual se inscribe en la continuidad de las tendencias aparecidas a lo largo de esa mitad de siglo reciente. Políticos y científicos han tratado a su manera de desvelarlas y de acompañarlas, afinando las investigaciones en los campos o formulando nuevas políticas rurales. ¿Podemos continuar nuestras interrogaciones inmersos en semejante dinámica? ¿Acaso las mutaciones no se han acumulado en una verdadera anastomosis que supone interacciones nuevas, que, a su vez, permiten la emergencia de una nueva sociedad y de nuevos espacios que se sitúan en ruptura cualitativa más que cuantitativa respecto al mundo de ayer. Políticos y científicos han vivido conscientemente estas evoluciones, pero ¿han podido extraer su verdadera significación, dada su preocupación por describirlas con precisión, aun sin contar quizás con la perspectiva y el distanciamiento suficientes para hacerlo?. Esta es una pregunta que nos tenemos que plantear con toda la responsabilidad que alberga.

Sin insistir en todos los aspectos del decurso de las últimas décadas, sí me gustaría poner de relieve dos ejemplos particulares: el éxodo rural de antaño y su consecuencia inmediata, la nueva organización espacial entre las ciudades, las periferias urbanas y el campo. Nuestro acercamiento a tales procesos tropieza inevitablemente con dos tipos distintos de dificultades cronológicas: una dificultad conceptual y otra metodológica entre el avance del conocimiento y la evolución de los fenómenos.

Si hay un evento que ha sido bien delimitado por toda una masa de investigaciones diversas y pluridisciplinarias, ése es el *éxodo rural*, inaugurado en Francia en 1848 y que no ha cesado desde entonces, a ritmos variables. Ha afectado a categorías sociales distintas, desde la marcha de la pequeña nobleza durante el siglo XIX hasta el éxodo de los propios agricultores después de la guerra de 1945. H. Mendras denunció la envergadura de *este fin de los campesinos*, ese declive de una sociedad que no había podido continuar adaptándose a la modernidad y a las exigencias de las nuevas condiciones de producción. Este importante desplazamiento de poblaciones, que se aceleró durante los gloriosos Treinta, explica en parte el empuje urbano de esos años. También engendraría un movimiento que tal vez, hoy, podamos calificar de *compasión* por los espacios desertificados, fragilizados, donde la vida decaía y escuelas y comercios cerraban por falta de alumnos y clientes. Y así continúa en la actualidad.

Este movimiento se vio acompañado por distintas medidas de apoyo que tuvieron el efecto de retrasar, de aminorar el paso de la anunciada desertificación. Pero también hubo verdaderas resistencias a semejante decadencia. Quizás, ésta se pintó en exceso sobre un fondo que evocaba un supuesto pasado adornado con los colores del paraíso perdido, memorias artificiales de un modo de vida superado. Sin embargo, ¿no hemos dejado de lado algunos hechos importantes, como la transferencia de bienes patrimoniales del campo a la ciudad o como la interrogación sobre los nuevos marcos y modos de vida resultantes de las bajas densidades de población? ¿Y no cometen el mismo error de una lectura de primer grado las interpretaciones optimistas de las fluctuaciones positivas de ciertos municipios rurales desde el censo de 1980? No olvide-

mos que se deben abordar con precaución las diferencias de porcentaje sobre números de dos o tres cifras: subrayando un supuesto renacimiento rural, muchos municipios rurales se han agarrado más o menos voluntariamente a unos índices de una dimensión bien débil, sin que se hubiesen borrado todas las ambigüedades de las definiciones de base para los reagrupamientos municipales dictados por preocupaciones específicas en el Instituto de Estadísticas.

El fin de los campesinos era el signo de un cambio social: el declive demográfico del campo. Una nueva distribución de la población iba a plantear problemas de una amplitud absolutamente distinta de la que suponía el mantenimiento de una escuela o de un pequeño comercio, problemas que no se referían simplemente a los sectores rurales en dificultades.

Podemos resumir rápidamente en tres puntos las profundas modificaciones del reparto geográfico de la población: crecimiento de las ciudades que, según los recuentos, reagrupan del 80 al 85% de los habitantes de Francia; formación de un espacio periurbano; evolución contradictoria del campo, con zonas activas y otras debilitadas.

El *desarrollo de espacios periurbanos*, alrededor de antiguas ciudades de cierta importancia ha captado sin duda la atención de los investigadores. Hoy, nuestras ciudades, que antaño ramificaban o salpicaban las rutas sobre las que se desarrollaban los suburbios y los extrarradios, se ahogan en esos espacios periurbanos, intervalos entre ejes que han sido ocupados por chalés, urbanizaciones y distintos tipos de inmuebles; aquí y allá, establecimientos comerciales o industriales aprietan todavía retazos de campo, dedicados a una agricultura que se ha venido en denominar "intersticial" y que, a pesar de todo, se desarrolla actualmente como respuesta a las necesidades de ruralidad de los habitantes de las ciudades.

No se reconoció inmediatamente la especificidad de estos espacios. Durante largo tiempo, se discutió la manera de llamarlas. ¿Había que decir periurbano o espacio urbanizado? ¿cómo se las podía comparar a las ciudades y al campo, dado que participaban de ambas entidades, sin acordarse ya con los rasgos, ni de una ni de la otra? Se tomaron un conjunto de medidas para salvaguardar los equilibrios entre las diferentes categorías sociales que se encontraban en estos viejos munici-

pios rurales profundamente transformados por el número de habitantes, las migraciones alternantes de activos, las nuevas implantaciones industriales y la expansión del sector terciario. La frontera de estos espacios heterogéneos no ha cesado de moverse, agrandando la aureola periurbana hasta el aparente estancamiento que indican en Francia los primeros resultados del censo de 1999, una imagen todavía desenfocada que demanda confirmación. La focalización de las investigaciones ha permitido comprender la evolución: autonomía económica, conectada, sin duda, con el antiguo centro urbano, pero también cada vez más con el campo de su entorno inmediato, y vinculada también con el hecho de que las migraciones alternantes hacia la ciudad han dejado de ser obligatoriamente mayoritarias, visto el ascenso de la fuerza de las ubicaciones "intra-periurbanas" y de sus relaciones con el conjunto del territorio. La intensidad de la circulación por las vías de circunvalación y el nacimiento de "tecno-polos" han creado nuevos flujos. Todos estos signos de mutaciones incesantes y anastomizadas llevan a los estadísticos a postular nuevos agregados para describir mejor las dinámicas, pero no siempre permiten responder exactamente a las preguntas que nos formulamos los geógrafos ruralistas.

En cuanto al *campo*, ha retenido con seguridad nuestra atención en dos direcciones esenciales y sucesivas: la geografía agraria y las tipologías de espacios, incluyendo ciertamente intersecciones entre ambos enfoques. No me extenderé sobre la geografía agraria que ha conocido dos fases sucesivas. La primera fue la fase gloriosa de investigaciones sobre los tipos de agricultura que evocaba ahora mismo, y que se vio espoleada por el problema de la autosuficiencia alimentaria, agudamente planteado para la mayoría de la población después del último conflicto mundial; era necesario comprender las posibilidades principales que podía abrir la modernización de la agricultura. Los mapas obtenidos nos permitieron visualizar mejor el complejo mosaico de tipos de agricultura adaptados a los diversos entornos, la simplificación de los espacios agrarios en los que pudo localizarse una agricultura científica y moderna y, finalmente, el peso de los sistemas políticos que reglamentaban la disponibilidad de la tierra y de los medios tecnológicos. Los progresos alcanzados tanto en la producción

agrícola como en su enfoque científico pudieron hacer creer que se había pasado página y parece que han acabado por desviar las investigaciones de ese centro de interés: el rechazo de la geografía agraria caracteriza todavía en Francia a las nuevas generaciones más preocupadas por el porvenir de espacios y territorios.

Sobre esta cuestión se han vertido enormes esfuerzos: paralelamente a los estudios estadísticos, se han puesto a punto las *tipologías de los espacios rurales*, que han tenido en cuenta la diversificación de las funciones en el campo, incluso cuando este fenómeno resulta desigual entre, por ejemplo, las campiñas de las grandes explotaciones y las regiones de policultivos familiares. Naturalmente, se ha evocado la importancia de la distancia a la ciudad, sin que, sin embargo, se hayan podido plasmar sobre los mapas más que aproximativamente las diferentes categorías de espacios distinguidas; en un espacio donde los flujos se hacen más complejos, la ciudad vecina no es el único organismo urbano susceptible de influenciar los cambios registrados. Todas estas investigaciones, llevadas a cabo a partir de observaciones a gran escala, han permitido buenas representaciones de las situaciones, con datos precisos y con precisiones conceptuales, a pesar de lo aproximado de los calificativos empleados: periurbano, campo activo, campo frágil, campo profundo. Diferentes corrientes de pensamientos han enfrentado respecto a estas clasificaciones y, teniendo en cuenta su evolución constante y complicada, las mutaciones se han captado de manera sectorial más que global.

Que se nos entienda bien. No se trata de críticas, sino de interrogaciones acerca del extraordinario patrimonio intelectual entrojado por los investigadores, sin que algunos hayan tratado de aislarlo y seleccionarlo. Disperso entre muchos artículos publicados allá y acá, entre voluminosas tesis que a menudo ni los propios juristas se dignan leer, este saber se debe explotar para que precisamente podamos hacer frente al desafío del siglo XXI.

Se trate de literatura, de pintura, de filosofía, de política o de geografía, los modos guían siempre las creaciones, por mucho que los esfuerzos precedentes sean convenientemente olvidados —y quizás hoy más que ayer—, en la medida que la certeza de vivir un giro de civilización histórico libera de la

obligación directa de conocer los avances de la investigación en el pasado. Esto resultó evidente por enésima vez en el coloquio de Nantes, donde hizo falta precisar una y otra vez que ya se habían efectuado estudios sobre tal o cual tema. En cualquier caso, y por encima de la imposibilidad fundamental de prever el futuro —no hay más que releer algunas viejas obras que se enfrascaron en dicho ejercicio—, es cierto que la herencia investigadora de la que hoy disponemos en nuestro dominio disciplinar no nos permite responder todas las preguntas que nos planteamos.

En primer lugar, a causa de estos modos sucesivos, de estos temas abandonados, de estos espacios olvidados sobre los cuales el proyector de una tesis ha podido ubicarse con brillantez. Porque esos espacios han continuado evolucionando. ¿Qué ha sido, por ejemplo, del milagro bretón, con los cursos caprichosos del precio del cerdo, la polución de las mareas negras, la crisis de la pesca, etc.?

La práctica de eso que J. Renard llama con sus mejores deseos, "*la vela de los territorios*", continúa siendo una empresa ambiciosa y necesaria que exige grandes medios a escalas diferentes: simplemente para tener al día nuestro nuestros atlas, tal como lo muestra, pese a su reciente publicación, el por lo demás excelente "Espacio rural" de Reclus, o el Gran Atlas rural, ya caduco no obstante su calidad. Pero esa vela requeriría también la continuidad de los estudios a gran escala, cuyo número se ha querido rebajar mediante el uso de las tipologías para localizar análisis más finos. Las tentativas de observatorios de los territorios van en esta dirección y no siempre acuerdan lo que se merecen a los logros regionales. Dicho de otra manera, no se puede esperar que las novedades aparezcan forzosamente en los espacios reservados por los investigadores, ¡sobre todo si se trata de espacios con débiles densidades poblacionales!

En segundo lugar, en este "desbarajuste" de los territorios, manda la variedad, tanto por lo que respecta a los espacios como a los ritmos de evolución, ya que los contextos y el peso de los intercambios internacionales juegan un papel decisivo. En otros términos, nos topamos a la insoslayable cuestión de las escalas: después de un avance en el reseguimiento de nuestro territorio nacional —una producción notable del Atlas—,

constatamos el vigoroso retorno de la afirmación de las identidades locales, un reflujo de estudios a gran escala que pretenden no recaer en la monografía, tratando temas generales en espacios particulares. La problemática dinamiza la investigación, pero tenemos derecho a veces a preguntarnos si la modernidad de semejante enfoque permite siempre delimitar adecuadamente la significación de "los hechos emergentes", según la expresión de J. Renard, hechos que pueden dar lugar a una verdadera inflexión en la evolución de los procesos.

En fin, querría lamentar que no sepamos más sobre las relaciones complejas de nuestros espacios rurales con el resto del mundo. Los estudios a gran escala de territorios, y particularmente de territorios rurales, no tienen sentido si no se ven acompañados por estudios de flujos que no se limiten a las relaciones de mercado o de parroquianismo con la ciudad vecina y que pueden desbordar el dique de los temas de empleo, a pesar de la fuerte influencia de estos últimos. ¿Cuales son los flujos financieros? ¿Cuáles los desplazamientos reales de los habitantes? ¿Cómo evolucionan? ¿Qué imagen del país tienen de hecho sus habitantes? ¿Qué rol representan los nuevos medios de comunicación?

El problema se circunscribe: teniendo en cuenta, por un lado, nuestro conocimiento relativo —que es por lo demás propio a todas las disciplinas, por mucho que lo sea por razones diferentes— y, por otro, la consciencia que tenemos de la importancia de los niveles de decisión respecto a las relaciones del hombre con el espacio en función de los medios de que dispone, ¿qué es lo que podemos decir en la linde del siglo XXI?

III.- EL MUNDO RURAL ANTE EL DESAFÍO DEL SIGLO XXI

¿Qué será?. ¿Qué uso harán de él los hombres del mañana?. Nadie puede decirlo hoy por hoy, dado que los avances tecnológicos y científicos nos sorprenden cada día, pero sí podemos legar algunas certezas y recordar algunas restricciones.

El cambio de la sociedad nos parece tan profundo que el mundo rural no volverá a ser lo que fue, algo que los ancia-

nos todavía lamentan. La distinción entre campo y ciudad ya no tiene el sentido de antaño: el campo ya no alimenta a la ciudad vecina, sino que, forzando la imagen, podríamos decir que todos los campos del mundo alimentan a todas las ciudades del mundo; el intercambio internacional de productos ha substituido progresivamente a las relaciones de proximidad; las rentas de la tierra, que en el pasado representaban una fuente crucial de ingresos y de prestigio, se han derrumbado ante otras formas de riqueza; finalmente, y cada vez más, las migraciones internacionales de mano de obra han cogido el relevo del éxodo rural, en tanto que origen del crecimiento urbano.

En segundo lugar, el desarrollo futuro de los procesos deberá tener absolutamente en cuenta las limitaciones ecológicas para que el espacio rural garantice su papel principal de reserva de recursos naturales, ya se trate del aire, del agua, de los suelos o de la biodiversidad. Así, el azar ha querido que, en este final de siglo, numerosas y espectaculares catástrofes naturales nos hayan recordado la fragilidad de nuestros equilibrios naturales. Sin citar los trágicos acontecimientos ocurridos en las zonas tropicales de América o África, pienso en las tormentas que han afectado a Alemania en 1990 o a Francia durante este pasado invierno, apenas unas semanas antes de la redacción de este escrito.

Este viraje de la sociedad y las inquietudes ecológicas van emparejadas en este fin de siglo con lo que yo llamaría una *incertidumbre ética*. Las dudas acerca del progreso, la profunda oleada de individualismo o todas las interrogaciones puestas por el postmodernismo no generan un clima de consenso para encontrar soluciones a las cuestiones suscitadas, que remiten al juego de intereses contradictorios entre —y dentro de— los niveles de individuos, grupos de presión, municipios, países, regiones, estados o el mundo entero. No se podrán hallar soluciones razonables, si no es a través de múltiples concertaciones en todos esos niveles, lo que requerirá esfuerzos y compromiso por parte de todos, algo que a su vez exigirá tiempo para aceptar y llevar adelante las reformas necesarias, procesos sobre los que será el poder político quien decida en última instancia.

Con todo, nuestro papel de investigadores no me parece secundario. ¿Es necesario recordar que, merced a una observación constante y múltiple, se debe proteger nuestro espacio

y que ésta es una tarea de todos? ¿que habrá que buscar una mejor integración del espacio rural en el conjunto del territorio? ¿que, en fin, hace falta ayudarlo e imaginarlo de manera distinta a lo hecho hasta ahora? Sobre todo esto querría aportar algunas precisiones en pocas palabras.

- *Proteger el territorio*

Tan sólida es hoy la convicción reinante sobre este asunto que no me extenderé sobre la necesidad de proteger el territorio y sus recursos naturales. Pero insistiré en el hecho de que, por *territorio*, yo entiendo obviamente territorio nacional. Ello significa que esta protección no concierne únicamente, tal como ocurría hace algunos decenios, a una minoría de ecologistas —cuando ya denunciaban el peligro por venir—, sino que afecta a todos los *naturales*, a los *nacionales* de un mismo país, tanto si residen en el campo como en la ciudad e independientemente de su edad o de su ocupación. La cuestión se plantea en todos los ámbitos, algo que debería alterar todos nuestros métodos de actuar y de decidir. El territorio pertenece a todos.

Así, en Francia, no se ha comprendido inmediatamente una decisión de la nueva ley de orientación agrícola que implica la prioridad de los no agricultores en los grupos de trabajo que van a juzgar los proyectos de los nuevos contratos de explotación. Y así será en muchas esferas. En efecto, el progreso técnico permite apelar cada vez más a consultores y expertos, aunque éstos no puedan aportar más que sus conocimientos en sus respectivos y precisos dominios. Ello no quiere decir en absoluto que todas las decisiones medioambientales se reduzcan a un problema de equipamiento técnico, aunque todo cambio comporta una alteración de los ecosistemas y todo equipamiento tiene un impacto en el conjunto de los equilibrios socioeconómicos. No me parece que podamos aceptar eso que algunos ya denominan "tecnodemocracia". Es necesario tomar en consideración la totalidad de las limitaciones económicas y sociales, y ningún proyecto puede olvidar ninguna de las acciones, personas o categorías en juego.

La voluntad de proteger el territorio no es neutral. Implica un cambio profundo de la toma de decisiones y suscita las

insolubles cuestiones de la primacía del territorio sobre los intereses particulares, de la confianza en el futuro o de la durabilidad de los proyectos.

Todo ello implica *la integración de todos los espacios en la construcción del futuro territorio*, en particular, del campo y de las campiñas, aunque no sea por otra razón que porque, en Francia, por ejemplo, con su población creciente —un 20% superior a la presente a mediados del siglo XX—, representa el 80% del territorio. Convertirlo en un desierto no es una solución y provocaría otros problemas. Su integración en el devenir del conjunto es una necesidad fundamental.

La integración se efectúa en primer lugar a través del *fin de los enclaves y del desarrollo de los transportes rápidos*. La contracción del espacio-tiempo esquematizada en este croquis constituye por sí sola una ilustración de los cambios acaecidos durante apenas un siglo. Más significativo me parece el cambio en la organización de la red viaria que corrige en su trazado la convergencia hacia París heredada de los primeros esquemas. Con la tendencia actual a la supresión de las líneas secundarias se puede medir la importancia de la opción: asegurar la gran velocidad en los grandes recorridos y dejar al automóvil las conexiones secundarias. A. Siegfried ya constataba este esquema en Estados Unidos, desde antes de la última guerra: las carreteras secundarias estaban muy deterioradas, dejando a la calidad de las jurisdicciones locales el cuidado de paliar este inconveniente.

Estamos todavía lejos de semejante jerarquización de las necesidades en función del interés general y de las respuestas posibles de una sociedad capaz de afrontarlas económicamente. En Francia, se han librado numerosos combates, por lo demás justificados, por el mantenimiento de una línea o de una categoría de estación ferroviaria. No se han entendido muchas medidas de substitución por un servicio de autocares, con lo que las mutaciones en este sentido han continuado siendo tímidas.

En el mismo orden de ideas, durante la última tempestad de diciembre, hemos podido apreciar las condiciones de la elección en la instalación de corriente eléctrica en el campo. Deseemos que, de forma racional y rentable, se programe más ampliamente, por todas partes, la dotación de fibras ópticas.

Equipamientos e infraestructuras tendrán que ser capaces de responder conjuntamente a las exigencias del presente y del futuro próximo. De hecho, las infraestructuras conforman cada vez más la primera condición de la integración económica.

El porvenir del espacio rural se inscribe en la diversificación de sus funciones, un ámbito en el que hoy se está registrando una cantidad creciente de éxitos. La revolución agrícola de los gloriosos Treinta ha conllevado el descenso demográfico de los agricultores y la aparición de una agricultura de dos velocidades, tal como lo muestran los mapas de ingresos. Un primer esfuerzo de industrialización supuso la instalación de industrias nuevas que ofrecían salarios más o menos bajos. Y el turismo rural fue haciendo tímidamente su aparición. Hoy, todas las empresas deben ser verdaderamente profesionales: creo que la concentración de las explotaciones agrícolas no se ha acabado, al contrario. Las sociedades dedican cada vez más superficie a los grandes cultivos; en la ganadería, la puesta en marcha de normas higiénicas para los edificios todavía va a desembocar en más quiebras; la concentración en los productos de calidad (o "del terruño") puede salvar algunas empresas, pero el espacio rural busca cada vez más recursos de calidad.

El turismo verde se impone en Francia, ofreciendo en los últimos años más del 35% de la ocupación turística en noches de hotel. Además, al lado de la industria agroalimentaria, difusa sobre el conjunto del territorio, se están formando verdaderos pequeños distritos industriales como en el "valle" pirenaico, en el Choletais o en el Lyonnais, beneficiándose estos dos últimos países de una auténtica tradición de trabajo industrial. En cualquier caso, corresponde a los jefes de empresa el multiplicar los ámbitos de demanda y de distribución, así como el renovar las técnicas y la producción para garantizar la calidad de sus productos y su difusión sobre un mercado de geografía variable.

Iniciativa, profesionalismo e innovación continúan siendo las palabras clave de todos los éxitos en la diversificación de las actividades del nuevo mundo rural. Éstas deben poder superar la ineluctable competencia que surge entre ellas, a la vez que, en el momento de la mundialización, son capaces de integrarse en un mercado que va más allá de las fronteras. Las mutaciones sólo pueden surgir en un clima social favorable,

acompañado de formaciones diversas y de aperturas sobre el exterior. Exigen una educación continua, curiosidad y respeto a la alteridad, ya que, mañana, el mundo rural no se podrá afirmar si no lo hace en la medida en que sus actores, herederos del patrimonio y recién llegados a un tiempo, se las ingenien para imaginar *nuevos modelos de espacios rurales*, diferentes de los patrones clásicos que exigían un umbral demográfico, la dispersión de los servicios, refiriéndose a niveles de vida bajos. De la misma manera que las relaciones circunscritas antaño al espacio de los alrededores se han desarrollado hasta una escala mundial, también la vida rural se debe abrir completamente a la modernidad.

PRIMERA PONENCIA:
